



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LOS PREGONES ANTIGUOS

En los tiempos a que vamos a referirnos imperaba el viejo adagio de que la "mujer se debía a la casa y el hombre a la calle" y se vivía a mucha distancia del actual confucionismo en que no sabemos, ni por la indumentaria siquiera, dónde comienza la jurisdicción femenina y dónde terminan las actividades masculinas.

El bello sexo replegado a la placidez hogareña solamente realizaba esporádicas salidas diurnas con objeto de cumplir un compromiso social: una visita de pésame durante los nueve días del riguroso luto reglamentario o una felicitación por el dichoso alumbramiento a una vecina que observaba en cama la rígida cuarentena recibiendo de sus amistades obsequios de tabletas de chocolate y pasta de horchata de almendra, tan beneficiosas para la crianza sin necesidad de vitaminas.

Por la noche solía ir acompañado del esposo, el hermano o el padre a las funciones de la Guerrero en Payret, de la Conesa en Albisu, de la Terrazini en Tacón o de la compañía de género vernáculo dirigida por Regino López en algún coliseo adecuado para familias.

Todas estas salidas significaban desde luego un largo proceso en el cual se incluía el inevitable lavado de la entonces larga cabellera que casi constituía un sonado acontecimiento familiar y los posteriores papelillos trenzados con más de 24 horas de anticipación.

* * *

Como en aquella época no salía la mujer a la calle, ni tampoco existían esos establecimientos modernos que en el interior de la República se llamaban antiguamente tiendas mixtas y ahora denominanse groceries en la capital, donde uno puede proveerse de todo con una sola visita, lógico es pensar que tenían que llevarse todo a la casa y por tal motivo, desde las ocho de la mañana en adelante había que estarle abriendo la puerta al sobrín recién llegado que venía con la libreta de los mandados de parte del tío bodeguero, al carnicero que traía la palomilla contada en libras de doce o catorce onzas; el nevero con el largo bloque de hielo dejando una líquida huella en el piso seguida por las alpargatas del carbonero que hacíase anunciar desde lejos por el cencerro que llevaba al pescuezo el mulo que tiraba del carretón, mientras el viandero detenía su carretilla cargada de productos criollos a la puerta de cada residencia.

Pero había también artículos de imprescindible necesidad cuyos mercaderes no estimaban sistema práctico el ir proponiéndolo de casa en casa, sino

ofrecer el producto a viva voz en plena vía pública y por eso desde las primeras horas de la mañana hasta las más avanzadas de la noche el espacio se poblaba de pregones de muy diversos matices.

Y se mezclaba la voz ronca del "Flooooreero" con la chillona del vendedor de ¡Pescado vivvivo!

¡Para pantalón y saco, traigo perchero barato! exclamaba uno en transitada boca-calle y como un eco musical respondía más allá el inspirado creador de

"Son de María, las galleticas.

Como yo no hay quien venda las galletica".

El que ofrecía el "mondoguito y la patica" se cruzaba en la acera con aquel que en una canasta los ofrecía "panudos" y verdes:

¡Caserita: aguacate! ¡Ay! ¡Aguacate!

Mientras el paraguero proponía ¡Paraguas y sombrillas!

En las horas del mediodía acaparaban toda la actividad vocinglera los carritos de mantecado tirados por escuálidos jemeigos que reanudaban su labor a prima noche y los amplios carro-matos repletos de mangos de todos los tamaños y colores. Tres hombres atendían este comercio: el que guiaba el carretón, el que llevaba la canasta hasta el marchante goloso y el que con voz estentórea proclamaba a todos los vientos:

¡De la Torrecilla, oye!
compren mangos como flores,
Arrímate a la carreta...

Y a eso de las diez, cuando los novios de ventana se despedían con el último apretón de mano junto a la reja madrina, entablaban dura porfía el manisero que sirvió a Moisés Simón para conquistar fama internacional con sus sandungueros compases y aquel que en una lata humeante llevaba con orgullo su sabrosa mercancía:

¡Pero "vamo" a cenar,
pero "vamo" a cenar, caballero!
¡Con picante y sin picante, los tamales!

Tales eran los pregones más populares de aquella Habana de entonces que también conoció al baratillero ambulante, forzado isleño que bajo el sol tropical atravesaba la ciudad con todo el establecimiento en hombros y tratando de competir en precios y en fiados con el chino perfumista, mientras lanzaba como una retahíla monocorde la serie de artículos que ofrecía: "cinta de hilo barata, crea catalana, olanes, broches, ganchos, botones, carreteles de hilo, dedales y tijeras finas.

Todos aquellos pregones ya han desaparecido, pero La Habana sigue siendo la ciudad de los ruidos.